

*Verónica Valenzuela*

*Herido*





**Herido**  
*Verónica Valenzuela*

---

# *Herido*



**Verónica Valenzuela**



**Herido**  
*Verónica Valenzuela*

---

©Edición Enero 2012  
Derechos e-book Verónica Valenzuela para Editora Digital  
Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso



## *Sinopsis*



*En la sociedad actual donde se rinde culto desmedido a la belleza física, Morgan Drake es un monstruo.*

*Antiguo soldado de las fuerzas especiales SEAL, en el verano de 1991 fue apresado en su última misión a Irak.*

*Sometido a crueles torturas logró sobrevivir con el cuerpo cubierto de cicatrices y dolorosas secuelas de por vida.*

*Cada noche rememora en sueños el terror de los sótanos de la prisión de Bagdad y los gritos de sus captores.*

*Marcado por una infancia de maltrato y vejaciones a manos de un padre que le odia, Morgan sobrelleva su sufrimiento aislándose tras un muro de arrogancia y soledad.*

*Cuando Sara, la hermana de su mejor amigo, vuelve a su vida para derrumbar ese muro y enfrentarle a lo que más teme, desatará una guerra entre ellos de dramáticas consecuencias.*

*¿Cuánto amor hace falta para redimir a un hombre a las puertas del infierno?*



## *Agradecimientos*



A mi madre, mi ángel cantor que jugó con su nieta para que yo siguiera relatando esta novela, mitigando sus largas noches de soledad.

A mi padre y mis abuelas que me inspiran desde la eternidad, por contarme maravillosas historias que siempre me hicieron soñar.

A mi marido que cuidó de nuestra hija para que yo pudiera encerrarme a escribir. Gracias por tu paciencia y comprensión. Tú eres el gran amor de mi vida.

A mi pequeña Carla, disfruta de las historias que te dejo como legado. Esta aventura es por y para ti, preciosa mía.



*"El hombre es dueño de sus silencios y esclavo de  
sus palabras."*

*Proverbio latino*



## *Prólogo*



La mansión Drake recibía a sus invitados en la fiesta del solsticio de verano, que el anfitrión organizaba todos los años a finales de junio.

El Mayor John Drake, retirado de la Marina años atrás, agasajaba a sus antiguos amigos del ejército en contadas ocasiones como aquella, entre copas de *Cabernet Sauvignon* y exquisitas viandas. Su rostro atractivo de ojos oscuros y penetrantes, que vigilaban como un ave de presa todo su entorno, se recortó en el cielo mientras contemplaba en el jardín el comienzo de los fuegos artificiales contratados como fin de fiesta.

Michael Thomson, su compañero de armas y quien le había salvado el pellejo en más de una ocasión, se acercó con aspecto preocupado.

—John, acaban de traer un telegrama —le informó mostrándole el sobre. El Mayor lo desdobló con rapidez leyéndolo en silencio.



***Morgan Drake Mason. Teniente de marines del ejército americano. SEALS. Desaparecido en combate. Lugar: Irak. 22 de Junio de 1991.***

—Al menos ese bastardo ha hecho algo honorable en su mísera vida —respondió entre dientes para que no le escucharan los invitados, mientras lanzaba sin miramientos el telegrama hecho trizas en la bandeja junto a la mesa.

Cualquier padre hubiera llorado la pérdida de su hijo; cualquier padre hubiera sentido el alma hacerse pedazos al conocer la noticia; cualquier padre se habría encerrado lejos de la gente a penar su desgracia.

Sin embargo, John Drake se alegraba en su fuero interno de no volver a contemplar el rostro de Morgan tan parecido a su hermosa Eleanor.

Los ojos verdes de su esposa, profundos e insondables habían sido heredados por el muchacho, su simpática sonrisa, incluso el pronunciado hoyuelo de la barbilla que la mostraba encantadora. El constante recuerdo hecho hombre, de la pérdida de la mujer que más había amado.

Morgan representaba para John todo lo que odiaba: le consideraba un doloroso cáncer en su vida y culpable de la prematura muerte de su madre, sintiéndose profundamente asqueado de llamarle hijo suyo. Siempre procuró que el chico nunca olvidara hasta que punto le aborrecía.

En cambio, Adam el primogénito era muy semejante a su padre. De ojos negros, cabello castaño oscuro y tez morena, había



nacido con el carácter ganador de los Drake convirtiéndose en el abogado de la familia.

El Mayor respiró aliviado cuando su hijo pequeño le pidió permiso para enrolarse en la Marina con 17 años, solicitándole su consentimiento al ser menor de edad. Su padre se lo dio gustoso. Hacía 8 años que se había marchado de casa. Sólo recibía sus visitas en breves permisos porque había comprado su propia casa a 5 km de la mansión.

Mientras saboreaba el delicioso caviar, recordó que habían pasado 4 meses desde la última conversación telefónica en la que Morgan le contó su marcha a Irak, despidiéndose.

—Morir como un héroe es lo menos que puedes hacer para compensarme por sobrevivir a tu madre —proclamó con dureza como último adiós.

Finalmente en noviembre del 91 el alto mando comunicó al señor Drake la aparición de su hijo en una cárcel al sur de Irak, liberada por el ejército norteamericano.

Morgan conocía peligrosa información confidencial sobre varias incursiones en el país para atacar puestos estratégicos del ejército de Sadam. Como primer oficial, era el único de su unidad que sabía los enclaves secretos donde se encontraban de incógnito varios grupos de Seals, esperando la orden de despliegue en las bases enemigas.

Durante cinco meses le torturaron, destrozando su cuerpo y su mente; dejándole la espalda desecha y dolores insoportables para el resto de su vida. No dijo una sola palabra. Jamás escucharon otra



cosa que no fueran sus gritos en la sala de interrogatorios nombrando su número de rango.

Para Morgan era una cuestión de honor salvaguardar la misión y a sus compañeros apresados. Valiente y testarudo, convenció a sus captores de que probaran su propia resistencia. La máxima de: "Un solo oficial. Una sola información ", fue aceptada por sus enemigos que le utilizarían de diana para largas noches de horror.

El resto de la tropa sufrió palizas y una atmosfera de terror absoluto cada vez que llevaban a Morgan inconsciente ante ellos, mostrándoles de lo que eran capaces. La idea de sufrir su misma suerte planeaba en el aire como la más oscura bruma, hasta que los irakíes comprendieron que Morgan era suficiente distracción y que los demás no sabían nada.

Hicieron su trabajo a conciencia. Cuando los soldados americanos asaltaron la prisión, encontraron su cuerpo convertido en una masa sanguinolenta, tirado en la sucia celda y al borde del coma.

Para contentar a su padre había decidido ser un héroe. Deseaba un gesto de aprobación en sus labios cuando regresara de aquel infierno.

Habría bastado un poco de ternura ante sus heridas, un simple abrazo en la cama del Hospital Monte Sinaí donde se recuperaba, para que Morgan olvidara el daño que le había hecho desde niño.

En seis meses de intenso sufrimiento, ni John ni su hermano Adam visitaron la habitación 430, después de hablar con el médico que les llamó para informarles del lamentable estado en que había



quedado. Permaneció sólo sin apoyo ni consuelo... sin familia. Olvidado en una odiosa espiral de dolor e intensa pena.

Con el alta en la mano volvió a su casa de Venice, en Los Ángeles, dispuesto a empezar una nueva vida dejando atrás el horror de la guerra.

Otro hombre olvidaría el desapego de su familia y seguiría adelante sin ellos. Pero Morgan no podía luchar contra el sentimiento de cariño que a pesar de todo sentía por su padre, descubriéndole más enfermo y envejecido cada vez y deseando que algún día se comportara como el padre que necesitaba desesperadamente.

El dilema de ser un hombre hecho y derecho, un soldado curtido y que casi se convertía en un niño asustado como antaño ante la presencia de John, le hacía luchar continuamente consigo mismo por la debilidad que sentía hacia él. Pero no podía evitar ser un buen hijo.

El mismo día de su regreso a casa apareció en la mansión de su progenitor en Santa Mónica con la vana esperanza de comprender, la razón de la tremenda soledad que quien le había dado la vida, le seguía imponiendo como castigo.

Cuando John abrió la puerta, la mirada de odio y resentimiento que sentía por Morgan, quebrantó el alma noble de su hijo dejándole herido para siempre. Aquella última mirada sentenció su futura existencia transformándole en un hombre amargado, triste y solitario a lo largo de los años.

Hasta que apareció la persona que volvería su mundo patas arriba.



## *Capítulo 1*



*Verano del 2007*

*La sensación de asfixia es angustiada. Mi boca se pega al plástico intentando obtener una bocanada de aire. No puedo respirar... no puedo soltar las correas de mis brazos... me ahogo.*

*— ¡Habla!*

*El miedo me paraliza hasta que me quitan la bolsa de la cabeza y consigo abrir los labios recuperando el aliento. Siento algo frío entre mis muslos y no puedo dejar de temblar.*

*¡No, otra vez no, eso no! La muerte sería un alivio...*

*Mi cuerpo se convulsiona tan violentamente que las correas me cortan las muñecas. Me volveré loco...*

*— ¡Ahhh! -forcejeo desesperado.*

Morgan se despierta con el rostro desencajado, jadeante, con las sábanas blancas enredadas en sus piernas. Empapado de sudor,



se sienta desnudo en la cama obligándose a dominar el pánico que amenaza de pesadillas las noches de las que ha perdido la cuenta.

Lobo, su fiel compañero de amables ojos castaños, se sube a sus rodillas lamiéndole la cara en la oscuridad. El Alaskan Malamute le consuela dejando que se aferre al pelo blanco de su fornido cuello, como si entendiera la fragilidad de su amo en esos delicados momentos.

Encendiendo la lámpara de cristal rojo de la mesilla mira a su alrededor comprobando que sigue en casa. Sus pies tocan la tarima de madera negra que eleva el colchón y el cabecero sin adornos de la cama.

Austero y sencillo como su dueño, el dormitorio tiene grandes ventanales sin cortinas que le permiten disfrutar la maravillosa vista de las montañas de Santa Mónica. Necesita luz, toda la que el sol pueda ofrecerle para iluminar la oscuridad de su existencia.

Las paredes pintadas de verde manzana le relajan proporcionándole seguridad, con el hermoso cuadro de *El Beso* de Klimt frente a su cama, que compró en la calle del centro donde se reúnen los bohemios de la zona. No hay fotos en ninguna estancia como si su habitante fuera un espíritu sin pasado.

La mesilla oscura como el mobiliario, un armario de caoba con filigranas en relieve alrededor de las puertas de pomos dorados y un baúl tallado con estampas de campesinos chinos recogiendo la cosecha de arroz, componen su acogedor mundo. Ese baúl protege algunos de sus pequeños secretos, como el hombre que lo compró también guarda en su interior los fantasmas de su infancia. Él sabe



mejor que nadie que hay recuerdos que nunca se cuentan, que te atormentan, te avergüenzan... con el hábito y la costumbre de callar.

El suelo de madera de cerezo que se extiende por toda la casa le produce una agradable sensación de libertad a sus pies descalzos.

Morgan vive como un monje, exiliado en su hogar que le protege como a un bebé en el vientre materno. Sólo adquiere lo necesario para su propia comodidad. Adora los grandes espacios, tal vez un estigma de los tiempos en la prisión.

Deseando librarse del sudor pegajoso que se adhiere a su pecho camina rendido hasta el cuarto de baño. Los azulejos de color aguamarina que revisten la habitación muestran un atisbo de su cuerpo reflejado en su brillante superficie.

La ducha al estilo romano de paredes recubiertas de mosaicos azul cielo en las que las teselas describían las olas del mar, se convierte en un refugio en el que acurrucarse de sus miedos, escondido tras la mampara de cristal. El dibujo era un recuerdo del mar al que hacía diecisiete años que no regresaba, el placer del que se había privado. Esa prohibición impuesta a sí mismo le recordaba cada mañana ante el espejo del lavabo de mármol nacarado, en quién se había convertido.

Su cara alargada, de pómulos perfectos con el hoyuelo en la barbilla como su madre, tiene el aspecto de una obra de Miguel Ángel maravillosamente esculpida. Los ojos verde esmeralda, brillantes, con una luz repleta de ilusión que aún no se ha apagado, de pestañas negras y largas rizadas en las puntas, mostraban un rastro de timidez a quien le miraba. La nariz fina, aristocrática, no



excesivamente larga, acaba en unos labios sensuales y rosados de dientes blancos en su grata sonrisa.

Su piel tiene un bronceado natural como el color de la canela. El cabello negro con irisaciones azules cae largo por encima de los hombros, lacio y reluciente.

Alto hasta el metro noventa tiene un cuerpo fuerte y delgado, de pectorales anchos y prominentes cubiertos de suave vello oscuro hasta el pubis. Sus brazos conservan los antiguos bíceps marcados, al igual que los músculos de sus muslos, que Morgan mantiene practicando yoga y *Tai-chi* con las técnicas de artes marciales que aprendió en el ejército.

El vientre terso, firme a pesar de sus cuarenta y dos años, desemboca en una cintura estrecha. La espalda larga y definida, atlética, en unos glúteos redondos y apretados.

Pero esa belleza de Dios griego está empañada por decenas de escariadas cicatrices, de latigazos y quemaduras que recorren su torso. Sólo puede aguantar unos segundos la visión de aquella carnicería.

Sus manos recorren cada áspera huella en los dedos: la piel lacerada al contacto aún sigue muy sensible. En los costados, en la espalda, aparecen zonas donde le habían arrancado jirones de tejido mostrándose de color morado. Terribles costurones con la dermis arrugada se abren paso a lo largo del pecho y el vientre hasta el monte de Venus.

Morgan había renunciado al goce del sexo desde que volvió de Irak. Allí le robaron su alma. Siente tanta repulsión de su aspecto que no ha vuelto a acercarse a ninguna mujer. Ni siquiera se ha



masturbado en años temiendo haberse vuelto impotente ante el horror de sus recuerdos.

Los médicos de Nueva York después de varias exploraciones antes de enviarle a casa, le advirtieron que si había algún problema, estaba en su cabeza, no en su miembro.

En el fondo era mejor no sentir ninguna erección, ningún deseo ¿Qué mujer querría acariciar a un monstruo desfigurado?

—Ninguna que esté cuerda —contestó irónico a sus funestos pensamientos.

Metiéndose en la ducha relaja sus doloridos músculos con el agua templada resbalando sobre él. La espalda le está matando. Las vértebras aplastadas por los golpes, le tienen enganchado a calmantes muy potentes.

Si fuera fin de semana y no tuviera que ir a trabajar en unas horas, dejaría que el dolor se extinguiera entre sorbos de la botella de whisky que le acompaña cuando el sufrimiento físico se hace insoportable.

Pero David le espera en la empresa de muebles de artesanía que fundaron juntos en el 93.

El bueno de David Butler siempre velando por él...

Se conocían desde los diez años cuando iban al mismo colegio de Venice y conectaron enseguida haciéndose inseparables. David era un chico alegre y ruidoso, con el flequillo rubio oscuro alborotado, dispuesto a echar una mano a cualquiera que necesitara su ayuda. Sus ojos castaños reconocieron instintivamente los males de Morgan, desde que le vio por primera vez sentado en un rincón del patio, aislado del resto de la chiquillería y se acercó a charlar con él.



David era su tabla de salvación, la que le mantenía cuerdo ante el maltrato de su padre. La única persona que conocía el infierno que Morgan vivía en su hogar, las palizas que recibía casi a diario. Tuvo que luchar contra su propia ética para no romper el juramento de guardar silencio que su compañero le hizo prometer y no correr a contárselo a sus padres.

Nadie en el colegio conoció jamás el mapa de los moratones que ocultaba bajo la ropa, ni las humillaciones que John le hacía padecer. Un pacto de silencio como funesto código de su vida que mantuvo hasta en la prisión de Irak.

Morgan le arrastró a alistarse con él, dispuesto a encontrar juntos países exóticos y buenas dosis de riesgo extremo. David sabía que su amigo se dejaría matar antes que ponerle en peligro. Como su teniente le debía obediencia, lo que hacía de buena gana, porque le quería como a un hermano.

Morgan constantemente cubría su espalda ante el fuego enemigo, pero no pudo evitar que cayera prisionero junto al resto de su unidad en Bagdad. Sabía que el miedo de los soldados era ínfimo comparado con el que sentía su compañero de armas, al verle torturado y escuchar sus gritos.

Se afeitó envuelto en su albornoz negro. Eran las cinco de la mañana, sacando del armario una camiseta gris de manga corta y unos pantalones blancos de lino, se fue a la cocina.

De paredes blancas con muebles de melanina lacados en melocotón y electrodomésticos de última generación, era moderna y desenfadada para un soltero. La piedra de mármol blanco donde cortaba las verduras en el centro de la estancia, unida a un soporte



en la base, tenía frascos de barro alineados que contenían especias de fragante olor. El ambiente estaba impregnado de menta y vainilla. Aunque no le gustaba malgastar el dinero se había permitido el capricho de un horno pirolítico donde cocinaba deliciosas tartas que David devoraba en la oficina.

Mirando por la ventana de madera blanca de doble hoja, que se abría a la parte trasera del boulevard de la playa de los músculos, notó el hocico húmedo de Lobo.

— ¿Tienes hambre chico? –preguntó besándole en la cabeza cuando el animal le puso las patas en el pecho.

Sirviéndole una buena ración de pienso fresco y agua limpia en el comedero, encendió la cafetera italiana para su primera ración de café. El amargo líquido se estaba convirtiendo en un vicio, tomaba más de cinco al día, ante las recriminaciones de David que le instaba a cuidarse.

Cogiendo una manzana de la nevera se fue al salón para abrir las persianas metálicas de seguridad. De estilo hindú, una enorme alfombra persa de color vino tinto se esparcía en el suelo de madera. Bordado en el centro, un harén de odaliscas danzando vestidas con saris dorados, estaban casi tapadas por los juguetes de goma que el perro dejaba sobre ella y cuatro anchos cojines de terciopelo morado desparramados, que Morgan usaba para echarse a jugar con su amigo.

Las paredes color crema tenían el roce de las patas de Lobo en los bajos que solía rascar para coger su conejo de plástico.

El sofá de cuero marrón de tres plazas se había convertido en el lugar de las siestas de su peludo vecino, frente al televisor de



pantalla plana y el dvd que reposaban en un armario de madera de nogal con puertas de cristal para protegerlos. Un par de lámparas de pie con plafones plateados a cada lado del sofá, iluminaban las noches tranquilas.

La mesa de teca sin grabados, de superficie lisa, elegante y con cuatro sillas a juego, estaba dispuesta frente a los dos ventanales que llegaban a media altura en la pared y desde los que Morgan adoraba contemplar la luna reflejada sobre el mar en la distancia. Subiendo las persianas, los abrió, dejando que el olor del salitre inundara todo el lugar.

Entró en su santuario, el estudio que había dispuesto en la habitación contigua a su dormitorio. Una librería de caoba recorría todas las paredes hasta el suelo, repleta de libros apilados en hileras dobles, con dos sillones de cuero para leer en una esquina. Aros de luces halógenas colocados por todo el techo de escayola blanca le daban un toque de luz cálida.

Morgan coleccionaba libros de arte, tratados y novelas de historia; vampiros; brujería y cualquier lectura interesante que llegara a sus manos.

Al otro lado de la habitación había una mesa de cristal con un sillón negro de oficina. Encima se encontraba el portátil rodeado de una desordenada cantidad de papeles, bolígrafos y lápices. En ocasiones el amanecer sorprendía a Morgan, agotado, durante las noches de insomnio que dedicaba a trabajar.

Terminando la manzana se sentó a comprobar los bocetos que ya había elegido para la temporada 2008, que se vendería en tiendas de antigüedades de toda América.



Ese era su negocio: él diseñaba los muebles y se encargaba de comprar los mejores materiales. David con su inconfundible encanto para los negocios, captaba los clientes, ocupándose de que los envíos a las tiendas se hicieran en los plazos correctos.

Desplegó sobre la mesa una variada sucesión de dibujos hechos a mano y en formato digital: preciosos baúles de teca tallados en el frontal y los lados con intrincadas cenefas doradas de estilo árabe; mesas de haya y roble con las patas labradas en hojas enroscándose en ellas, con las superficies lisas para pintar encima imágenes de cuadros famosos; sillas de estilo élfico con duendes sentados en las esquinas superiores del respaldo, moldeadas con flores en relieve que les servían de lecho.

Escondido entre los papeles apareció su joya más preciada: una cama de palisandro con dos cisnes grabados en el frontal, unidos en los picos con un beso. Representaban el símbolo de la fidelidad conyugal. Desde el extremo inferior hacia arriba se extendía el cuerpo de cada animal con las largas plumas, labradas una a una, y las cabezas alzadas formando un corazón. Parecía que si los tocabas cobrarían vida por arte de magia y navegarían juntos para siempre.

Morgan nunca le había enseñado a David el dibujo. Dolía demasiado.

Antes de marchar a Irak, había creado aquella maravilla pensando en regalarle ese mueble a la mujer que un día fuera su esposa. Entregarle sus sueños, su cuerpo y su alma. Hacerle el amor sobre ella, entre sábanas de seda, arrancando el deseo de sus labios con dulces gemidos.

Deseo... Amor... Sólo eran palabras. Ya no significaban nada.



En el presente, Morgan simplemente subsistía en una vida vacía de sentimientos que no fueran el odio hacía sí mismo. No cultivaba la amistad de nadie aparte de David y su novia Laura. Si su amigo conseguía convencerle para ir a tomar una copa, desechaba la idea con cualquier excusa y al final acababan en su casa.

Eternamente escondido de los demás, atrapado en su propio infierno del que era incapaz de salir; avergonzado de lo que ni siquiera había contado a su compañero.

El teléfono colgado en la pared junto al televisor sonó estridente en la quietud del amanecer.

— ¿Dígame? —respondió sobresaltado.

—Sabía que estabas despierto —repuso David bostezando al otro lado.

—Lo raro sería que aún roncara, las malditas pesadillas se suceden todas las noches. —Su tono cansado alarmó a su socio.

—Morgan, ¿por qué no vas a un psicólogo? Si no descansas bien los dolores de la espalda se hacen insoportables, ya lo sabes. Y el hábito de encerrarte en casa te hará caer en una depresión.

— No me gusta salir, David. —Cortó a propósito para eludir el tema.

—Ni relacionarte con el resto de la humanidad. Espero que cuando lleve a Sara le muestres tu cara más amable.

— ¡Mierda! —admitió completamente despistado.

—¿No habrás olvidado que va a trabajar con nosotros, eh, ermitaño? Hoy tengo que recogerla en el aeropuerto a las 8.

—David no necesito ayuda con el diseño —contestó incómodo sabiendo que perdería su reducto de paz en el trabajo.



—Estás agotado con la colección. Sara estudió Bellas Artes. Ella quiere cambiar de aires y tú deberías empezar a ser más sociable.

— ¿No podrías convencerla de que regresara a España?

—Si tienes suficiente valor intenta hacerlo tú. —La risa contagiosa de David recordó los ataques de cólera de su hermana pequeña.

—Estoy atrapado en vuestras redes ¿verdad?

—Si prefieres verlo de esa manera tan drástica...

—Hasta luego, entonces —respondió gruñendo.

—Hasta la tarde. Descansa un poco.

—Lo haré —refunfuñó como despedida—. *¡Y un cuerno!* —pensó cabreado cuando colgó el teléfono.

Sara iba a venir. Aún no se había hecho a la idea y quedaban menos de tres horas para verla. Morgan temía encontrarse con su antigua amiga de juventud y que descubriera al hombre esquivo en que se había convertido.

Ella era una chica intrépida, de fuerte carácter, que supo lo que quería con apenas diez años: deseaba pintar más que nada en el mundo.

Cuando su hermano y Morgan se reunían en la casa de sus padres en Santa Mónica al regresar de permiso, la pequeña Sara se entusiasmaba teniéndole como invitado por unos días, en los que Morgan le enseñaba técnicas de dibujo y le contaba la vida de sus pintores favoritos.

La terraza repleta de hortensias de Megan Butler se llenaba de ruidosas bromas juveniles hasta altas horas de la noche. Paul, su



padre, tenía que obligarla a irse a la cama ante las protestas de la chica.

Morgan apreciaba a Sara como si fuera su propia hermana y ella le adoraba. Incluso su intuición femenina notaba sin necesidad de palabras que Morgan sufría, al relatar ocultando los detalles más escabrosos, alguna discusión con su padre. La chiquilla cogía su mano entre las suyas, dándole apoyo y consuelo, aunque nunca supo el verdadero maltrato de que era objeto.

La última vez que la vio tenía quince años y él salía rumbo a Irak. Cuando Morgan regresó recuperado, Sara se había marchado a estudiar a España tras la muerte de sus padres en un accidente de coche; cuatro meses después de decirle adiós con lágrimas en los ojos.

Parecía que intuía el largo tiempo que pasarían sin volver a verse.

El vuelo de Iberia 787 procedente de Madrid seguía su rumbo sin contratiempos. Los ojos azules de Sara, envueltos en sus gafas de montura metálica roja, contemplaban el cielo a través de su ventanilla. De rasgos suaves y una cara alargada de mejillas rubicundas, con una nariz pequeña y un poco respingona en la punta; la boca de labios llenos y una cautivadora hendidura en la barbilla, había abandonado a sus treinta y dos años a la adolescente que Morgan conocía.

Morgan... Su amado Morgan...

Nunca se dio cuenta que las miradas de admiración que ella le dirigía no eran a sus dibujos, sino a él. Los minutos que dejaba los



deberes; el tiempo de salir con sus amigas para dedicárselo en sus visitas, eran una auténtica ilusión.

Megan lo sabía, conocía a su hija como la palma de la mano y adoraba al joven que tanto velaba por David.

El día que partió a Irak, Sara estuvo a punto de besar a su ídolo en los labios y decirle todo lo que su corazón sentía. Pero la muchacha sabía que el soldado la consideraba poco más que su familia, no la mujer que ella ansiaba ser ante sus ojos.

Rozando apenas su mejilla le dijo adiós, sabiendo que el tiempo estaba de su parte y sólo debía esperar. Los brazos de su madre la rodearon por la espalda con afecto, susurrándole al oído:

—Él es un hombre y tú sólo una niña. Madura primero para poder conquistarle, cariño mío.

Megan creía que el paso de los años le haría olvidar ese capricho de juventud.

Cuando fallecieron un par de meses después del regreso de David, Sara decidió abandonar su país y estudiar en Madrid, Bellas Artes convirtiéndose en una consumada artista.

Jamás volvió a Los Ángeles. David siempre la visitaba en su piso de Lavapiés pasando con ella algunas semanas de vacaciones si el trabajo lo permitía.

En diecisiete años no dejó de pensar en Morgan. Lo que empezó como el enamoramiento de una chiquilla se transformó en el anhelo secreto de una mujer. Una mujer que nunca olvidaría aquella cuenta pendiente de su pasado, aunque hubiera conocido a otros hombres.

Su hermano le contaba que Morgan estaba bien y seguía con su vida de siempre. David nunca supo mentir y ella lo sabía.



A primeros de marzo del 2007, no tuvo más remedio que decirle el estado en que se encontraba al hablar por teléfono:

—Sara, sé que amabas a Morgan hace años. No te he contado nada sobre él para no hacerte sufrir, creía que con tu vida hecha en España tenías suficiente en que pensar. Pero está mal, cada vez peor —comentó decaído.

— ¿Qué le ocurre? —El corazón se le paró de emoción ante los recuerdos adolescentes que revolotearon en su cabeza al oír aquel nombre.

—Quedó hecho polvo después de Irak... su cuerpo está desfigurado... con dolores terribles en la espalda... y está cayendo en una depresión. Tienes que ayudarme, tienes que venir.

— ¿Por qué iba a necesitarme? Hace casi veinte años que no tenemos contacto —repuso con sentido común.

—Sólo tú eras capaz de ver dentro de su alma y tal vez puedas encontrar la causa de su desdicha. Morgan oculta muchos secretos, algunos incluso a mí.

— ¿Y crees que yo los desvelaré? Ahora somos dos extraños.

—Pero siempre confió en ti, ¿no sientes algún rastro de cariño por él?

—Ya no tengo quince años, David. No voy a babear como una tonta chiquilla sólo con verle.

—No te pido eso. Te encantan los retos y desvelar misterios. Atrévete con el desafío que supone el enigmático Morgan —respondió provocándola.

— ¿Está muy desfigurado? —preguntó muerta de curiosidad y tocada en su amor propio.



—Su cuerpo está cubierto de grotescas cicatrices. Yo sólo le vi una vez. Es muy orgulloso y no quiere que nadie le tenga lástima, fue una casualidad que me permitiera hacerlo. ¿Dime, trabajarás con nosotros este verano, por favor? —preguntó incitándola a aceptar.

—Trato hecho, lo haré como un favor hacia ti y disfrutaré de la vuelta a casa unos meses. Unas cuantas cicatrices no me van a asustar. Déjame arreglar mis asuntos aquí y a primeros de Junio estaré con vosotros.

—Gracias. Eres muy valiente, hermanita —la halagó.

—O muy loca por dejarme liar en tus juegucitos... —respondió riendo.

Sara volvió a la realidad. En pocos minutos tomarían tierra y vería al hombre que una vez la hizo soñar.

